

Efraín U. Bischoff

**El periodismo
cordobés y los años '80
del siglo XIX**



ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO
Buenos Aires
2004

Bischoff , Efraín U.
El periodismo cordobés y los años 80 del siglo XIX
1° ed. Buenos Aires,
Academia Nacional de Periodismo, 2004
64 p. 21x15 cm.
ISBN 987-1107-06-4
1. Periodismo I. Título
CDD 920

Corrección: Karina Garofalo

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel./fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina
© 2004 Efraín U. Bischoff
ISBN 987-1107-06-4

Academia Nacional de Periodismo

Miembros de número

MARTÍN ALLICA	JORGE HALPERÍN
ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
NORA BÄR	LAURO F. LAÍÑO
ULISES BARRERA	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
RAFAEL BRAUN	FÉLIX LUNA
NAPOLEÓN CABRERA	ENRIQUE J. MACEIRA
CORA CANÉ	ROBERTO MAIDANA
NELSON CASTRO	ENRIQUE M. MAYOCHI
JUAN CARLOS COLOMBRES	JOAQUÍN MORALES SOLÁ
JORGE CRUZ	ALBERTO J. MUNIN
DANIEL ALBERTO DESSEIN	ENRIQUETA MUÑIZ
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	ENRIQUE OLIVA
FERMÍN FÈVRE	ANTONIO REQUENI
ROBERTO A. GARCÍA	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
OSVALDO E. GRANADOS	RAÚL URTIZBEREA
MARIANO GRONDONA	BARTOLOMÉ DE VEDIA
ROBERTO PABLO GUARESCHI	

Miembros eméritos

JOSÉ MARÍA CASTIÑEIRA DE DIOS

Miembros correspondientes en la Argentina

EFRAÍN U. BISCHOFF (CÓRDOBA)
LUIS F. ETCHEVEHERE (ENTRE RÍOS)
CARLOS HUGO JORNET (CÓRDOBA)
CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

Miembros correspondientes en el extranjero

MARIO DIAMENT (ESTADOS UNIDOS)

ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)

Mesa Directiva

Presidente:	JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Vicepresidente 1°:	BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
Vicepresidente 2°:	ENRIQUE JOSÉ MACEIRA
Secretario:	ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Prosecretaria:	ENRIQUETA MUÑIZ
Tesorero:	ALBERTO J. MUNIN
Protesorero:	FERMÍN FÈVRE

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares:	DANIEL ALBERTO DESSEIN NAPOLEÓN CABRERA CORA CANÉ
Miembros suplentes:	ULISES BARRERA ROBERTO MAIDANA

Comisiones

Admisión: BARTOLOMÉ DE VEDIA, ARMANDO ALONSO PIÑEIRO, ENRIQUE J. MACEIRA y ALBERTO J. MUNIN.

Biblioteca, Hemeroteca y Archivo: BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT, JORGE CRUZ y ULISES BARRERA.

Concursos, Seminarios y Premios: FERMÍN FÈVRE, ENRIQUE MACEIRA, ENRIQUETA MUÑIZ y ENRIQUE OLIVA

Libertad y Ética Periodística: LAURO F. LAÍÑO, RAFAEL BRAUN, ALBERTO J. MUNIN, ENRIQUE J. MACEIRA, ENRIQUE OLIVA y BARTOLOMÉ DE VEDIA.

Publicaciones y Prensa: FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY, NORA BÄR, NAPOLEÓN CABRERA, JORGE HALPERÍN y ANTONIO REQUENI.

A la memoria de Bernardino S. Calvo. Había nacido en la cordobesa localidad de Tío Pujio el 11 de julio de 1938, y falleció en nuestra provincia, en la ciudad de Villa María, el 24 de octubre de 2001. Desde este último reducto, trabajó en la cátedra y en las columnas de la prensa, y fundó El Diario, en 1984, en el que manejó hasta su muerte con gallardía la página cultural. Llegó a ser presidente del Centro de Periodistas de Villa María. Asimismo, en sus numerosos libros y folletos tuvo permanente preocupación por difundir la historia regional, con empuje y con auténtica vocación.

“Córdoba sufre la tiranía de un gran enemigo: el fanatismo. Lo señalo a las iras de la juventud universitaria. Es preciso denunciarlo al pueblo, combatirlo, aniquilarlo”¹. Ese alarido de guerra estremece el espíritu de la juventud universitaria de Córdoba cuando pisa el umbral de la década de 1880. Lo ha lanzado Carlos M. Bouquet, ministro de Gobierno durante el mandato del doctor Antonio del Viso. Traduce el rumbo ideológico seguido por las autoridades, y en los miembros del Club de la Juventud Universitaria “causa la impresión de un toque de clarín”. Es el recuerdo de Ramón J. Cárcano. Y no podía subrayar mejor el estado de ánimo: “Todos nos lanzamos a buscar enemigos”.

El ambiente cordobés se inficiona con aquel olor de pólvora gruesa. No es una irrupción repentina, pero sí violenta. Las ideas que el liberalismo ha venido sembrando en el seno de la sociedad están alimentadas por un largo proceso. Muchas son las manifestaciones que desde la revolución del 27 de abril de 1852 –remedo del 3 de febrero de ese mismo año, con el derrumbe del gobierno de don Juan Manuel de Rosas junto al Palomar de Caseros en Buenos Aires– y con la desaparición de don Manuel López, “Quebracho” para la jerga popular, de la primera magistratura,

¹ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Bs. As., 1944, pág. 53.

denuncian un vehemente deseo de cambio. Asoman sus intentos más firmes en el campo político, toman carácter de alegatos jurídicos en algunas tesis universitarias e intentan ganar la conciencia del pueblo a través de las hojas periodísticas. En ciertas épocas, la estrategia se juega simultáneamente en esos terrenos. No obstante, queremos en este ensayo recordar sólo apuntaciones promovidas en la prensa, sin que ello nos exima de anotar, de paso, la valoración de manifestaciones aparecidas en otros sectores, todos ellos unidos entre sí por los ligamentos interesados en el triunfo de uno u otro bando.

“...Diga buenas palabras...”

Las innovaciones con anhelos de una reforma profunda en la dinámica de las instituciones cordobesas aparecen en la superficie del gobierno del doctor Antonio del Viso, quien asumió sus funciones el 17 de mayo de 1877. El grupo que lo rodea en la administración siente por él hondo respeto. Colabora sin reticencias. Varias de sus figuras se dejan arrebatar por la intemperancia. No es lo que recomienda el general Julio A. Roca, pues con paciente dedicación va armando el camino que lo llevará a la Presidencia de la República en 1880. Aquel desprejuiciado consejo que le dará a su concuñado Miguel Juárez Celman, desde Río Cuarto, cuando años antes es jefe de la comandancia en el sur cordobés, define rotundamente su accionar: “...Diga buenas palabras y ahorque enseguida...”².

² Ricardo Sáenz Hayes, *Ramón J. Cárcano*, Bs. As., 1960, pág. 54.

En el otro agrupamiento, con responsabilidad secular en lo religioso, se mira con creciente alarma lo que acontece. Pero a pesar de tenerse la certidumbre de que las nuevas ideas avanzan incontenibles, algunos cometen la ingenuidad de creer que estando entre ellas podrán servir de vallado. El tiempo, quitados todos los escrúpulos después de comenzada la década, demostrará a los dispuestos a no dejarse doblegar, aun demostrando iracundia, que estaban en lo cierto. El doctor Manuel D. Pizarro, figura expectable del bastión católico, sufrió la pesadumbre de ser forzado a apartarse del gabinete del general Roca, cuando tuvo la seguridad de que su presencia de nada serviría para detener el galope arrollador de las ideas liberales desde el gobierno nacional, unidas a actitudes de inequívoca raíz antirreligiosa, aunque sus autores insistieron en negar esa condición.

Al emprender el tránsito del mencionado decenio, la nación está dominada por una gran inquietud política y por una tremenda zozobra espiritual. Nadie lo ignora ni nadie quiere ocultarlo. La federalización de Buenos Aires será una de las chispas para hacer estallar el polvorín. Sin embargo, hay otros ingredientes pugnando también por desatar el turbión. De todo ello es escaparate el periodismo argentino. Dentro de él, las páginas editadas en Córdoba ocupan un lugar de preeminencia. Hay plumas avezadas y pensamientos altivos vibrando en las columnas de la prensa mediterránea. Se leen sus artículos con meditación.

Hay dos títulos con acreditada trayectoria singularmente afirmativa. Basta con nombrarlos: *El Eco de Córdoba* y *El*

Progreso, para advertir la jerarquía con que han dado bases a su prestigio. Don Ignacio Vélez es el director del primero. La hoja ha nacido el 13 de septiembre de 1862. Posee arrestos indeclinables para la defensa de las viejas pragmáticas. Su vigor católico le hace erigir como un baluarte de altiveces sinceras y vitales. En política, *El Eco de Córdoba* pudo hacer, en ciertos trances, algunas concesiones. En materia religiosa, no. Junto a su hermano Ignacio encontrábase el doctor Luis Vélez, quien ocupó relevantes cargos en la política de muchos años, tanto en el orden nacional como en el provincial. Perteneciente al autonomismo, entregóse luego a la actividad del Partido Liberal Nacionalista y desde allí se mostró contrario a Juárez Celman y a Roca. Desde luego, el diario estuvo también en esa corriente, y sus artículos reflejaron muchas veces, con áspero decir, el sentimiento de animadversión engendrado por aquellos personajes en los círculos del catolicismo cordobés.

Precisamente, *El Eco de Córdoba* fue uno de los diarios de Córdoba que sufrieron las contundencias de los enfrentamientos de los grupos políticos en los comienzos de la década. El 26 de febrero de 1880 estalló una revolución en contra del gobierno del doctor Antonio del Viso. Se encontraba éste en el salón alto del edificio del Cabildo, al reventar los primeros tiros. Estos fueron disparados con algún acierto, en tanto que un grupo insurgente salió dando fuertes voces de insulto al gobierno desde el local de la imprenta del periódico *El Pueblo Libre*. Se encontraba funcionando en una casa ubicada enfrente de la plaza mayor, sobre el norte.

La revuelta quedó ahogada poco después de haberse iniciado, pero dejó varios muertos. La valentía de quien la encabezaba, Lisandro Olmos, no alcanzó a dominar los elementos con que contaba el gobierno. La represión, a cargo de los oficialistas, adquirió inusitado ensañamiento. Los exaltados penetraron en la imprenta de *El Eco de Córdoba* y deshicieron las máquinas, en tanto el director escapaba saltando tapias³. Tal circunstancia, como también la de sufrir *El Pueblo Libre* los ataques de los gubernistas, prólogo de su terminación poco tiempo más tarde, forjaron para Córdoba una imagen mirada con evidente alarma.

El Eco de Córdoba

No era la primera vez que *El Pueblo Libre* se encontraba en situación tan riesgosa. Hemos recordado en otra oportunidad⁴ que esas columnas fueron acusadas por el ministro de Gobierno, doctor Miguel Juárez Celman, el 18 de noviembre de 1879 ante el agente fiscal porque traían “hace algún tiempo preocupada a la atención pública, con el lenguaje procaz e

³ Juan José Vélez, *La Revolución del '80*, el empastelamiento de *El Eco de Córdoba*. En *La Voz del Interior*, Córdoba, 9, 10, 21 y 22 de octubre de 1942.

Nazario F. Sánchez, “El 50º aniversario de una revolución a pleno sol”, en *Los Principios*, Córdoba, 26 de febrero de 1930.

Pablo Lascano, *Siluetas contemporáneas*, Buenos Aires, 1889, pág. 328.

Efraín U. Bischoff, *Historia de la Provincia de Córdoba*, Buenos Aires, 1969, tomo II, pág. 215.

⁴ Efraín U. Bischoff. *El periodismo cordobés durante la presidencia de Avellaneda*, Córdoba, 1981.

injurioso con que tratan a los más altos poderes del Estado”⁵. Otras publicaciones, entre ellas el periódico de caricaturas *El Jaspé*, sufrieron las disposiciones gubernativas, que finalmente encaminaron a dictar una ley, el 16 de diciembre de 1879, por la cual “sólo es lícito censurar por la prensa y en términos decorosos, a los magistrados y personas públicas, imputándoles faltas o delitos cuyo castigo interese a la sociedad”⁶.

Aquella disposición provocó un enjambre de críticas en las que se advertía estar en pleno cercenamiento de la libertad de prensa, pero la ley se mantuvo. Desde luego producido el episodio revolucionario de febrero de 1880, las autoridades gubernativas, por medio de la justicia, y sus partidarios por la acción directa, se dedicaron a cerrar el paso a toda publicación que apareciera como una opositora desembozada del gobierno. Frente a semejantes perspectivas, *El Pueblo Libre* no tardó en desaparecer definitivamente.

El Eco de Córdoba, con bastante penuria, pudo recomponerse del saqueo realizado en su taller de impresión. Los diarios de Buenos Aires se ocuparon de la cuestión, y *La Nación* fue categórica al asegurar en un editorial: “Córdoba es hoy la piedra de escándalo de toda la República”⁷. Se recalca en otros pasajes del artículo la falta de acción policial en contra de los depredadores, cuyo vandalismo alcanzó asimismo a una pequeña imprenta donde se publi-

⁵ *Compilación de leyes y decretos de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, 1879, tomo VII, pág. 183.

⁶ *Compilación de leyes y decretos de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, 1879, tomo VII, pág. 140.

⁷ *La Nación*, Buenos Aires, 10 de marzo de 1880.

caban las páginas de un periódico de caricaturas titulado *El Huáscar*⁸.

Lo relatado desnuda la estrategia seguida en aquella época para tratar de acallar la palabra del adversario político. Ocultarlo sería desfigurar una realidad. Los que estuvieron en el gobierno apelaron a todos los recursos para mantenerse en él y su actitud justificó, en no pocas circunstancias, las explosiones de la oposición. Vivíase en la agresión política con la misma pasión que deseábase el progreso del país. No siempre ambas cosas pudieron conciliarse.

El amargo trance pasado en aquella circunstancia por *El Eco de Córdoba* y en el que salvose milagrosamente su director, don Ignacio Vélez, no fue único en esa época. Sin embargo, esas columnas se mostraron valientes. En los años que siguieron, no arrió su pabellón, hasta que sus fuerzas se sintieron agotadas seis años más tarde, y el 30 de mayo de 1886 clausuraba sus páginas. Un hondo escepticismo recorrió la nervadura de ellas. No era sino un reflejo del dolor dominando a su fundador y director don Ignacio Vélez. En una ciudad que se ufanaba en ser de raíz fuertemente católica, se dejaba desaparecer al diario defensor de ella. En esa encrucijada, no hubo el auxilio necesario. Cuando más, algún responso lo ayudó a bien morir.

El fundador de esa hoja apenas si sobreviviría cuatro años. El 11 de febrero de 1890 moría en Cosquín. Dejó la herencia de su accionar ennoblecido por las más altas virtudes

⁸ Alfredo Díaz de Molina, *La oligarquía argentina*, Buenos Aires. 1976, tomo I, pág. 233.

ciudadanas. A uno de sus hijos, diría en sus horas finales: “Si andando el tiempo te sientes inclinado al periodismo, donde sólo se recogen sinsabores y apenas si se gana para el sustento diario, pero en cambio se goza de los inefables consuelos de bregar por los sagrados intereses de la Religión y de la Patria, toma la pluma que te dejo por herencia y escribe”⁹. La lucha hacía otra de sus víctimas. Córdoba miraba, casi sin arrepentimiento, desaparecer uno de los diarios que durante un cuarto de siglo había dado lustre a su nombre en el país.

Tirando parejo...

El Progreso era, ideológicamente, la antítesis del diario de los Vélez. No en vano había aparecido el 7 de septiembre de 1867 y había declarado tajantemente en su editorial primero llegar para luchar “por una causa política que era la de la Constitución, por la extinción de esa filoxera social que se llama fanatismo religioso...”. Era Ramón Gil Navarro quien lo fundaba, y, de inclinación auténticamente federalista, fue el general Justo José de Urquiza quien lo ayudó. Como tantos otros diarios de esos tiempos, en varias ocasiones sufrió el desmantelamiento de su imprenta por acción de aquellos ata-

⁹ Ignacio Garzón, *Ignacio Vélez y “El Eco de Córdoba”*, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba, 1915, tomo I, pág. 200.

“El liberalismo y ‘El Eco de Córdoba’”, en *El Interior*, Córdoba, 30 de diciembre de 1884.

“Reflejos del pasado. El centenario del ‘Eco de Córdoba’”, en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1952.

Juan José Vélez, “Cosas de Córdoba. Recuerdos de la infancia”, en *Los Principios*, Córdoba, 3 de julio de 1910.

cados por el aguijón de su prédica. Cuando en cierta oportunidad el coronel Lucio V. Mansilla le solicitó a Urquiza que suspendiera la subvención que tenía acordada para *El Progreso*, aquél reflexionó en una carta dirigida el 13 de agosto de 1869 al doctor Antonio Zarco: "...Un diario de oposición no debe preocupar a ningún gobierno que marche por la senda del bien, ajustando sus actos a las prescripciones de la Constitución y de las Leyes. Al contrario, si alguna satisfacción puede sentir un gobernante con orgullo, es el ver aparecer en su país la libertad de pensamiento...".

Con la consigna de la defensa del federalismo y de impulsar la "inmigración, colonización y explotación del país por la industria nacional y extranjera", *El Progreso* estaba en aquellos años con la experiencia de un largo recorrido y de haber capeado muchos y difíciles avatares políticos. El gobierno provincial le entregaría una subvención en junio de 1880. Era la recompensa de haber el diario sostenido la triunfante candidatura del doctor Miguel Juárez Celman, para la primera magistratura provincial, a la que llegó el 17 de mayo de aquel año. Don Ramón Gil Navarro, dos años después, era senador de la provincia. En representación del departamento Punilla, llegó a ese cuerpo legislativo en 1882 y falleció durante su gestión el 26 de julio de 1883¹⁰. La muerte del fundador era irreparable para el diario. Los acontecimientos posteriores lo probarían. Ramón Gil Navarro

¹⁰ Arturo Torres, *El 70º aniversario de la Cámara de Senadores de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, 1941, pág. 39.

"Se vende la imprenta de 'El Progreso'", en *El Progreso*, Córdoba, 19 de marzo de 1884.

fue un espíritu indomeñable frente a las vicisitudes. A otro lo hubieran vencido. El demostró su garra de luchador y se mantuvo consecuente con sus principios¹¹.

Mientras se desarrollaban acontecimientos que encendían el ánimo de los cordobeses, como fueron aquellos de los choques de la autoridad civil contra la jerarquía eclesiástica, y en tanto *El Progreso* se convertía en un denodado propagandista de las reformas impulsadas por el general Roca desde el gobierno nacional y el doctor Juárez Celman desde el provincial, asumió la dirección de la publicación don Javier Lazcano Colodrero, catedrático brillante del Colegio de Monserrat, intelectual de fuste, quien con Julio B. Lezama y Joaquín V. González como secretarios de redacción, dio una mayor virulencia liberal a las columnas y volcó su mayor brío a combatir al sector católico.

Los días de *El Progreso* no aparecían como muy promisorios.

El 1º de noviembre de 1883 habíase iniciado la nueva dirección, y el 30 de marzo de 1884 cerraba su itinerario aquella publicación. Aquel diario, al que si faltaba la tinta, el fundador “lo hubiera impreso con su sangre”, según declaró, caía en horas muy agitadas. “...Un veterano de las

¹¹ Efraín U. Bischoff, “Ramón Gil Navarro. Un hombre del interior”, en *Boletín de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca*, Catamarca, 1973.

Joaquín V. González, “Ramón Gil Navarro”, en *El Periódico*, Córdoba, 5 de agosto de 1883.

Nazarío F. Sánchez, “Doctor Ramón Gil Navarro. En el centenario del natalicio”, en *Los Principios*, Córdoba, 17 de enero de 1928.

Nazarío F. Sánchez. *Hombres y episodios de Córdoba*, Córdoba, 1928, pág. 167.

luchas de la prensa va a desaparecer de la lista para siempre, después de haber derramado en torno suyo el germen de sus ideas...”, aseguró en su último editorial, y en verdad su existencia significó un espléndido capítulo de la prensa del interior de la República.

“...Se acabó, don Benjamín...”

Los gobiernos que durante esa década del '80 actuaron en el manejo de la administración provincial de Córdoba, todos ellos surgidos por empuje del autonomismo nacional, encontraron en otro de los grandes diarios actuantes en ese tiempo uno de los defensores más aguerridos. Era *El Interior*. Nació pocos días después de haber asumido el gobierno el doctor Miguel Juárez Celman. El 20 de junio de 1880 dio su primer vagido. Su fundador fue Benjamín Posse. De él, David Peña dijo que poseía “el aticismo volteriano y sarcástico de Lucio V. López y de Eduardo Wilde, y el matiz definitivo de Vélez, para no salir de las comparaciones argentinas”¹².

En verdad, ese diario debió nacer en otras manos, a estar por lo referido, muchos años después, por Antonio Rodríguez del Busto, quien dejó la impronta de su espíritu batallador en la política y el periodismo y que, a pesar de ser español, sintióse profundamente adherido a los problemas de la Argentina y de Córdoba. Expresó que “algunos meses antes de concluir su período gubernativo (Antonio

¹² David Peña, “Benjamín Posse”, en *Atlántida*, Bs. As., 1911.

del Viso), me comprometió a fundar con él, el día que él dejase el gobierno, un diario que redactaríamos ambos. Fundar un diario con el cual dirigiría la opinión, ésa era su meta...”. Agrega que en los prolegómenos de lo que constituía una empresa muy grata para ambos, Rodríguez del Busto propuso que se titulara *El Interior*, y en días en que se estaba en la adquisición de un taller tipográfico, Del Viso fue designado senador nacional, con lo cual el proyecto cambió de rumbo y fue a manos de Benjamín Posse¹³.

El propio Rodríguez del Busto relata que, aceptada la candidatura a senador nacional por Del Viso, ofreció el título de la publicación al doctor Miguel Juárez Celman, quien también estaba en trance de fundar una hoja periódica para apoyo de su gobierno, dirigida por Posse. Al día siguiente de su aparición, las autoridades provinciales dispusieron que desde el 1º del mes siguiente, tanto *El Interior* como *El Progreso* recibieran una subvención de 76 pesos fuertes mensuales, obligándose a publicar los documentos oficiales.

Así emprendió su andar *El Interior*, cuyo oficialismo no ocultó nunca. Por el contrario, hacía gala de él. Su director, Benjamín Posse, lo hemos puntualizado, tenía el temperamento a propósito para esa época del periodismo argentino. León Rebollo Paz ha recordado en un artículo la definición que de Posse hizo el doctor José Figueroa Alcorta, quien en

¹³ Antonio Rodríguez del Busto, “Campo Neutral”, en *La Patria*, Córdoba, 7 de mayo de 1894.

Efraín U. Bischoff, “Cómo nació y murió ‘El Interior’”, en *La Nación*, Buenos Aires, 16 de enero de 1977.

su mocedad participó de la redacción, al afirmar que era “cáustico, incisivo, mordaz, y con frecuencia se “le iba la mano” en la apreciación de conductas y en la valoración de los hombres¹⁴. Venido de su tierra tucumana, se adaptó de inmediato a Córdoba, ya que con muchas de cuyas figuras destacadas se encontraba vinculado. Dio sablazos a diestra y siniestra, y, puesto en la pelea, no ahorró calificativos quemantes para sus adversarios. Desde luego, los tenía en cantidad en el lado católico. La réplica no se hizo esperar, y hasta la ironía mordiente de *La Carcajada* causó heridas en él cuando lo designaron catedrático en el Colegio de Monserrat. Era una manera de darle un decente modo de vida al amigo que sobrellevaría la carga de la redacción periodística, y *La Carcajada*, aludiendo al sueldo que ganaría, expresábase que no se hiciera el sordo y le remitiera algo “a esta pobre que no tiene quien se acuerde de ella sino para ajustarle las cuarenta”¹⁵. Ninguna pulla hizo mella en su temple de combatiente. Al marcharse en 1881 para residir en la Capital Federal, siempre demostrando ser roquista por sobre todo, fundó *El Figaro*. Sarmiento lo atacó y como le gustaba, al decir de Carmelo M. Bonet, “poner overo al enemigo”¹⁶, no le ahorró proyectiles como para tumbarlo. No pudo hacerlo el briso sanjuanino, y con sus críticas

¹⁴ “Aniversario”, en *El Interior*, Córdoba, 20 de junio de 1884.

Juan José de Soiza Reilly, “Reportaje al doctor José Figueroa Alcorta”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1930.

León Rebollo Paz, “Benjamín Posse, un periodista de raza”, en *La Nación*, Bs. As., 14 de marzo de 1976.

¹⁵ *La Carcajada*, Córdoba, 6 de marzo de 1881.

¹⁶ Carmelo M. Bonet, “Sarmiento, hombre de letras”, en *Nosotros*, Bs. As., 1938, pág. 171.

causó disgustos a su gran amigo José Posse, tío del aludido. Pero Sarmiento no era de los que escondían el rebenque cuando se proponía dar el latigazo, y sin duda se habrá sonreído ante los desfogues del viejo provinciano, entrecerrando, tal vez, con expresión socarrona aquellos “grandes ojos saltones y con expresión triste”, que solían achisparse en medio de las polémicas¹⁷. Nacido en Monteros, Tucumán, en 1852, murió en Buenos Aires el 13 de octubre de 1889. Pocos días después, *La Carcajada* no se detuvo ni ante el hecho irreparablemente doloroso y le endilgó una cuarteta: “...Se acabó don Benjamín / fundador del *Interior* / rogad por él porque fue / una cosa superior...”¹⁸.

Las bravas polémicas

Posse supo a la distancia de los triunfos, las frustraciones y arremetidas del diario cordobés. En alguna oportunidad, regresó a la casa de la calle Rivera Indarte 8, donde estaban la redacción y el taller tipográfico. Este había pertenecido al gobierno provincial y fue adquirido por los doctores Ramón J. Cárcano y José del Viso, en 1884, y siguió tirando el diario, en horas de la tarde, hasta su finalización varios años después¹⁹.

La publicación, después de la dirección de Posse, fue a manos de Pablo Lazcano, un santiagueño talentoso, de plu-

¹⁷ Mariano de Vedia, “Conversando con Benjamín Posse”, en *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 15 de marzo de 1930.

¹⁸ *La Carcajada*, Córdoba, 20 de octubre de 1889.

¹⁹ *Compilación de leyes y decretos de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, 1880, tomos VIII y IX, pág. 86.

ma pulcra y severa, como lo demostró en el cincelado de sus *Siluetas contemporáneas*, y a él le siguieron Ramón J. Cárcano y José del Viso, quedando éste último en 1886. Rufino Varela Ortiz, Angel F. Avalos, José Figueroa Alcorta, Ponciano Vivanco, Antonio Rodríguez del Busto y finalmente Evaristo Carriego, el abuelo del poeta del mismo nombre, y en poder de éste desapareció *El Interior*.

Fue un grupo de redactores de jerarquía. Se trataban los temas con profundidad y vocacional empeño. Recorrer las páginas es encontrarnos con una Córdoba en pleno desarrollo, con un acento distinto del que en muchas ocasiones se pintó. El diario puso sus energías, con habilidad y decisión, para dar soporte a proyectos lanzados en el gobierno cordobés y con los cuales ciudad y provincia adquirieron prestancia y progreso. La construcción del dique San Roque, el primitivo, la sede principal del Banco de la Provincia de Córdoba, el parque General Las Heras, el palacio legislativo, el trazado del parque Crisol, actual Sarmiento, y muchas otras obras de esa época fueron objeto de una intensa propaganda en *El Interior*. Era la voz del gobierno y, por serlo, soportó las críticas aceradas de sus adversarios.

Cuando sus finanzas estaban haciendo agua por los cuatro costados, *El Interior* fue conducido por el doctor Carriego, un entrerriano de alto coturno en la política y en las letras. Conocía la situación agónica del diario, pero puso al servicio de éste todo su coraje civil. Con la revolución de 1890, y caído el gobierno de don Marcos N. Juárez, en la provincia, y el de su hermano Miguel, en la Nación, los recursos para el mantenimiento oficial de la publicación

quedaron cortados. A los pocos días, el 13 de agosto de aquel año, Carriego, asumió la conducción. No alcanzó a sobrevivir un mes más, pero fue un remolino de polémicas. El 11 de septiembre de 1890 se publicó aquel célebre artículo demostrativo del espíritu del Carriego: “La última palabra”, donde pintaba gráficamente la situación: “Ya no queda nada por hacer; esto ha concluido. Me encuentro sitiado por los indios, con los recursos agotados, con la guarnición desmoralizada; no hay resistencia posible”.

Como *El Interior* anunció que al salir a la calle su postrera edición se harían disparos de bombas, otro colega, *El Debate*, dirigido precisamente por Rodríguez del Busto aunque también había sido director de la publicación en agonia, argumentó exaltando las ideas liberales que habían sido sustento de su existencia, y aludió al estallido de las bombas de estruendo: “Vida triste y muerte alegre. Ha vivido haciendo ruido y quiere morir de igual modo, quemando pólvora en salvas”²⁰. Fue el diario uno de los auténticos representantes de la prensa liberal de la década, apasionado y tenso, inquietantemente picante cuando se trataba de zurrar al enemigo y de brillo literario como pocos al exponer temas culturales. Toda la elite política de ese tiempo pasó

²⁰ *El Debate*, Córdoba, 11 de septiembre de 1890.

Efraín U. Bischoff, “El abuelo de Carrieguito”, en *La Nación*, Bs. As., 29 de febrero de 1976.

Emilio F. Sánchez, “Las tertulias en lo del doctor Evaristo Carriego”, en *Los Principios*, y “Del pasado cordobés en la vida argentina”, Córdoba, 1968, pág. 232.

Efraín U. Bischoff, “Abuelo Evaristo...”, en *Córdoba y los ojos extraños*, Córdoba, 1978, pág. 31.

por sus columnas y las utilizó para fomentar el avance de Córdoba y el éxito de sus ideas.

Pocas veces se ha asistido en Córdoba a polémicas tan vibrantes en la palestra del periodismo, como las que protagonizaron *El Interior*, *El Eco de Córdoba* y *El Progreso*, y donde intervino asimismo *La Prensa Católica*, del que hemos de ocuparnos seguidamente. La controversia fue muchas veces al rojo vivo. No se pidió cuartel ni se dio reposo al enemigo. Y éste respondió con igual ardor. *El Porvenir*, valga el ejemplo, dirá, refiriéndose a un diario liberal de 1887: "...Se comprende entonces que el cinismo y la hipocresía sean los rasgos salientes de las elucubraciones de dicha publicación..."²¹.

Duelos periodísticos

El 1º de agosto de 1880 apareció un periódico que poseía el ímpetu desbordante de su fundador, el presbítero Luis Fernando Falorni. Desde luego, llegaba enarbolando su prédica religiosa. De origen italiano —había nacido en Florencia—, tomó el hábito franciscano en su juventud y cuando arribó a Córdoba pasó a establecerse en Punilla y posteriormente en la Villa del Totoral. Captó la simpatía de los paisanos con sus sermones pintorescos y corren muchas anécdotas de cómo —al mejor estilo brocheriano— sabía atraer a las gentes sencillas de la campaña.

De temperamento insurgente, de adjetivos chocantes, Luis Fernando Falorni sufrió en más de un trance el recha-

²¹ *El Porvenir*, Córdoba, 27 de febrero de 1887.

zo de sus notas dirigidas al gobierno, en especial durante el mandato del doctor Del Viso. Pero el sacerdote no se amilanaba. Volvía a estar en la liza al día siguiente. Arremetía con fogosidad impresionante. No obstante, era hombre de estudio, a tal punto que fue propuesto por el obispo de Córdoba, fray Mamerto Esquiú, para la cátedra de Hermenéutica Sagrada e Historia Eclesiástica, en la Facultad de Teología, que, en 1881, tuvo tan fugaz presencia en la Universidad Nacional de Córdoba²².

Instalada su imprenta en calle Jujuy 37, *La Prensa Católica* se lanzó a la actividad periodística, y desde 1883 se convirtió en pregón cotidiano, con la misma decisión violenta de su director. Ya había prevenido *La Carcajada*, al anunciarse la aparición del periódico, que si venía a “sostener razones de conciencia, sombreros verdes, colas rapadas y otras cosas por el estilo del órgano de San Roque”, iba a tener en sus columnas un contendor. Así se puso de manifiesto enseguida. No otra cosa pasó con *El Interior* y *El Progreso*. La prédica de Folarni era apasionada y no se detenía ante ningún adversario, a pesar de las muchas veces que el obispo Esquiú le reclamó prudencia. Pero no había muros de contención para él, y en cierta ocasión llegó a exclamar que la república se encontraba “usurpada por caudillos irresponsables, por camarillas de explotadores, por logias de sectarios y por el personalismo corruptor de intransigentes audaces”²³. Ese lenguaje era correspondido por los colegas

²² Luis Roberto Altamira, *El Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto*, Córdoba, 1943, pág. 344.

²³ Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman*, Bs. As., 1944, pág. 359.

adversarios, y la prensa de Córdoba hervía en aquellos días cuando el enfrentamiento ideológico mantenía alterados a todos los circuitos de la provincia.

No hubo para Falorni ninguna recomendación válida de mesura. Desde la iniciación de *La Prensa Católica* se mostró agresivo y temperamental. No perdió nunca el instante propicio para el ataque y, sobre todo, en el comienzo de la polémica religiosa, al prohibir el vicario capitular, monseñor Uladislao Castellano, a los feligreses que leyeran *El Interior*, *El Progreso* y *La Carcajada*, el 15 de octubre de 1880, la reacción fue impresionante, y fue *La Prensa Católica* uno de los blancos más visibles para los disparos de fuego graneado hecho por los liberales.

Una hoja suelta anunció el 2 de diciembre de 1887 la desaparición de *La Prensa Católica*, cuando habíase atemperado el calor de la controversia. Para entonces, Falorni hallábase fatigado de tanto ajeteo. Había sufrido acusaciones ante la justicia, hechas por el doctor Gil Smith, y había sido condenado a pagar cien pesos de multa²⁴, y Falorni, a su vez, había acusado a *El Interior* por la mofa que de él hacía. En aquella fecha cerró el diario, y en abril de 1888, tras haber sufrido un personal ataque por parte de José de la Quintana, en plena calle central de la ciudad, se fue a Rosario. Quería editar allí nuevamente las columnas de su publicación. No lo hizo, pero dio a conocer *El Lábaro* y colaboró

²⁴ Archivo Histórico de Córdoba, Criminales, año 1885, legajo 477, expediente 14.

El Eco de Córdoba, Córdoba, 15 de septiembre de 1886.

con otras páginas. Luego de haber sido clérigo durante muchos años, reingresó a la orden franciscana. Refugiose en el convento de San Lorenzo. Allí falleció el 20 de abril de 1910²⁵. Quedaba en Córdoba el recuerdo de su personalidad briosa, de sus debates ardorosos y de sus enfrentamientos, aun personales, como aquel que sostuvo en 1885 con M. Borón-Dubard, profesor del Monserrat y gran figura de la masonería, con quien se batió en publicaciones periodísticas.

Fue ese tiempo uno de los más turbulentos en la historia del periodismo cordobés. Nadie librábase de ser rozado por la ira o por los aletazos de la tormenta, y como se ha comentado, la Iglesia se sintió atacada muchas veces con palabras indecorosas. La réplica al gobernador proveniente del Obispado tuvo también su fuerza, y “a la audacia, opone la entereza; a los desbordes de la impiedad, la claridad del magisterio”²⁶. En medio de esa borrasca, Falorni fue uno de los más encarnizados luchadores por la jerarquía religiosa. Y sus desafueros urticantes sirvieron hasta al propio presidente de la república, el general Julio A. Roca, para largar sus párrafos hirientes, en las cartas enviadas al gobernador cordobés, Juárez Celman, calificando de “energúmenos” a Uladislao Castellano y a Falorni y de haberle salido “más frailuno y fanático de lo que me imaginaba”, su ministro del Interior, doctor Manuel D. Pizarro. A éste lo reemplazaría por el doctor Eduardo Wilde, con el que cumplió su campaña de difusión laica en todos los

²⁵ *Los Principios*, Córdoba, 22 de abril de 1910.

Audino Rodríguez y Olmos, *Héroes sin fama*, Córdoba, 1965.

²⁶ Francisco Compañy, *El Vicario Clara*, Bs. As., 1955, pág. 247.

planos institucionales. Los agravios desataban nuevos insultos. Y nadie parecía tener deseos de medir su contestación...

El hachazo y la sonrisa

Hemos mencionado *La Carcajada*, y sus páginas fueron, indudablemente, singular exponente de la prensa cordobesa del '80. Ese periódico "joco-serio y de costumbres", como se autocalificaba, llegado a la existencia proclamando que para él "no hay cosa que valga una carcajada echada de todo corazón", había aparecido el 19 de marzo de 1871. Su fundador, Armengol Tecera, estuvo desde su niñez vinculado a la actividad tipográfica, y fue de los fundadores de la sociedad que en aquel año agrupó a quienes estaban en los talleres de imprenta.

Su conversación poseía una inclinación chispeante reflejada en las columnas del periódico. "La factura graciosa, el lenguaje de directa alusión en solfa a las cosas que acontecían en el ámbito cordobés, el epigrama satírico, no fueron abandonados por Tecera durante toda la existencia del periódico, que recibió en más de una ocasión la andanada de quienes se sentían molestos con sus bromas y fue llevado hasta los tribunales judiciales"²⁷. Ello no impidió que volviera inmediatamente a la carga con sus alfilerazos.

²⁷ Archivo Histórico de Córdoba, criminales, año 1884, legajo 461, expediente 6.

"Fundación de 'La Carcajada'", en *La Carcajada*, Córdoba, 25 de noviembre de 1887.

La Carcajada mantiene una postura en el transcurso de tantos años de andanza. Como lo prometió desde sus inicios, no dejó de brindar su sonrisa, y aun los asuntos más serios fueron tratados con buen humor, pero es indudable que debajo de él se agitaba una sátira capaz de dejar en descubierto todos los errores y las falencias del adversario. Las páginas exponían siempre con ánimo de debate, y cuando en la década del '80 se agudiza la cuestión religiosa, el periódico hace gala de estar vigilante para atajar el paso al contrincante. No descendía a la torpeza en el calificativo, pero dejaba ardiendo la piel del sujeto aludido en sus artículos. No tenía inconveniente en criticar a quienes aunque pertenecieran a instituciones religiosas andaban “como perros y gatos”, y decirle al obispo Esquíu que no vendiera los ricos muebles que le habían regalado para hacer un nuevo altar a Santa Rosa de Lima en la Catedral, sino que invirtiera esos fondos en “un hospital o el asilo de mendigos, que es donde verdaderamente hacen falta”. Además, anotaba que *La Prensa Católica* estaba “como un tigre en contra de la masonería, pues es a ésta a quien le atribuye la culpa de los descabros que vienen sufriendo las ideas de los falsos representantes de Dios...”²⁸. En verdad, esa institución tuvo en aquella época una acentuada gravitación social y política, pues no pocos personajes cordobeses pertenecieron a ella. Vale simplemente decir que en el archivo de la Logia Espartaco N° 412, de Córdoba, se registra que don Marcos N. Juárez, gobernador desde 1889 hasta 1890, fue iniciado

²⁸ Ana María Iturrioz y Carolina Carreño, *Controversia periodística en Córdoba. 1880-1890*, Córdoba, 1976, pág. 54.

en 1867 en la logia “Piedad y Unión” y fundó en 1888 la logia “Hermanos Unidos” N° 87.

La lectura de *La Carcajada* fue prohibida a los fieles católicos por el vicario capitular, pero no hay dudas de que los cordobeses siguieron gozando con las chuscadas de don Armengol Tecera, que pasó en algunas épocas muchas zozobras económicas para sostener la regular salida del periódico, en tanto que en otras gozó de ciertos favores oficiales. Apareció regularmente hasta fines del siglo XIX y, con algunas intermitencias, alcanzó a 1905. Cuatro años después —5 de septiembre de 1909— fallecía su fundador y principal redactor. Dejó en las páginas aquellas una rica cantera de aproximación a la Córdoba popular y a un genuino humorismo de tierra adentro, retozón y agudo.

Literatura y política

Mientras los órganos de prensa mencionados dedicábase a las especulaciones de orden político y religioso, y a mantener a sus lectores en el meollo de la actualidad nuestra y la del país, y especialmente el acontecer de Buenos Aires, otras manifestaciones del periodismo pueden ser recogidas en aquel primer lustro de la década del '80. Es así que, incluso, algunas llegaban con el arrastre del decenio anterior, como en el caso de *El Pensamiento*, órgano de la Sociedad Literaria Deán Funes, fundada en 1878.

Ramón J. Cárcano ha recordado en sus decidoras evocaciones cómo surgió aquella entidad, apoyada por el rector

de la Universidad, doctor Manuel Lucero²⁹, quien siempre miró con simpatía a esa muchachada universitaria “un poco romántica y sentimental”. Allí se encontraban J. González del Solar, Roberto Torres, José Figueroa Alcorta, Indalecio Figueroa, Luis Santillán Vélez y otros, y como desahogo para sus iniciativas apareció el 18 de mayo de 1879 la mencionada publicación. Pero duró pocos años, pues desde el comienzo de la década, muchos de sus redactores estuvieron comprometidos en tareas gubernativas y políticas que les quitaban tiempo para aquel menester. *El Pensamiento* tuvo también la colaboración de Félix T. Garzón, Guillermo Torres, Clementina del Viso, Celestina Funes, y en sus veinte números se agruparon –como lo declara Cárcano– “los versos, acrósticos, sonetos, epitalamios y odas. Es desesperante la fiebre del mal verso, y del peor soneto”.

Casi como con disposición de hacer la competencia a *La Carcajada*, apareció en septiembre de 1880, un periodiquín que no pudo volar mucho. “El tal loro –se decía de él– parece de la sierra, pues lo que habla es en un tono y estilo muy allende las cumbres”³⁰, y, como siempre, el periódico de Tecera anunciaría, pocos años después, la aparición de otra publicación de similares características, el 11 de octubre de 1885. Se trataba de *La Avispa*, pidiéndole “a la vez que, cuando fleche, haga doler”, a semejanza de como en sus columnas lo hacía con los personajes de Córdoba.

El Salamanquino terció en la prensa de la ciudad, en mayo de 1881, con el propósito de ofrecer semanalmente

²⁹ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Bs. As., 1943, pág. 45.

³⁰ *La Carcajada*, Córdoba, 26 de septiembre de 1880.

caricaturas de gente actuante en la capital cordobesa y, según *El Interior*, aquellas columnas estaban redactadas “con altura, con chispa y con muy sano criterio”, pero apenas si duraron unos meses. Al año siguiente, en 1882, vio la luz *La Actualidad*. Al decir de uno de sus colegas, era “de poca monta” y su eco debió de ser muy pasajero.

Dos jóvenes rosarinos, Servando A. y Federico Gallejos, que por aquel tiempo se encontraban en Córdoba cursando sus estudios universitarios, tuvieron la iniciativa de publicar *El Periódico*, semanario en el que, además de las consiguientes litografías hechas por Carlos Armanino, que fue el primer artista de esa naturaleza llegado a Córdoba y que desarrolló una intensa labor³¹, se reunían numerosas expresiones literarias. El 15 de julio de 1883 brindó su primera entrega, con la portada mostrando el rostro del gobernador don Gregorio I. Gavier, al que siguió la segunda, con el del doctor Miguel Juárez Celman y, después, los de otras personalidades. *El Periódico* se mantuvo dentro de la misma tesitura y las dificultades fueron muchas. Con todo, llegó hasta mediados de 1884, solicitó apoyo a las autoridades y lo encontró de modo muy mezquino, con lo que debió cerrar su trayectoria³².

Varias otras fueron las manifestaciones de índole diversa, animando al periodismo cordobés de 1884. El 25 de mayo salía *El Universitario*, con noticias de ese ámbito, en

³¹ Juan Pedro Grenón, *La primera litografía cordobesa*, Córdoba, 1963, pág. 20.

³² Efraín U. Bischoff, “Dos rosarinos en Córdoba”, en *Res Gesta*, Rosario, enero-junio de 1980.

tanto que el 6 de abril de aquel año aparecía *Los 20 Años*, que, según algunas informaciones, fue orientado por José Figueroa Alcorta, debiendo salir mensualmente y con “lectura variada al estilo de *Figaro* de Buenos Aires”, según *El Interior*. Al publicarse, jactanciosamente, decía haber causado “gran alboroto entre las niñas y jóvenes”³³. Ese mismo escozor y aspaviento habrá producido, pero entre los católicos, otra publicación titulada *Sol de Córdoba*, pues era órgano de la logia masónica que funcionaba en esa ciudad. El 25 de abril, el vicario capitular monseñor Gerónimo E. Clara expidió su siempre recordada carta pastoral, en la que prohibía la lectura de diversos periódicos de la ciudad, y decía categóricamente que les estaba negado a los fieles leer el “nuevo semanario titulado *Sol de Córdoba*, que es de un carácter francamente impío y masónico”³⁴. Pero avanzó la publicación durante algún tiempo, con gran regocijo de los círculos anticatólicos y verdadero espanto de los pertenecientes a las cofradías.

Grenón da noticia de que fue Agustín San Millán quien en 1884 dio a conocer el periódico *La Opinión*, pero su presencia resulta dudosa, en tanto que no lo es la de *El avisador comercial*, que de las máquinas de la imprenta de los hermanos Villafañe salió el 1º de noviembre de ese mencionado año. Estaba “dedicado exclusivamente para publicar avisos y dar noticias comerciales”, pero no tuvo mayor incidencia en el panorama periodístico, a pesar de que se

³³ Armando Carrel, “José Figueroa Alcorta”, en *La República*. Córdoba, 16 de marzo de 1892.

³⁴ Gerónimo E. Clara, *Carta Pastoral*, Córdoba, 1884, pág. 12.

encontraba Córdoba en esos años en un marcado despertar de la industria y de las actividades del comercio.

Párrafo aparte merece *La Conciencia Pública*. El 1º de diciembre de 1884 apareció ese periódico cuyo carácter era político y noticioso. Llegaba a los lectores en horas de la tarde. La sede de la redacción estaba ubicada en calle Independencia 28, y la dirección la ejerció Armengol Tecera. Es evidente que las páginas aludidas no siempre estuvieron de acuerdo con la política oficial, en especial durante el gobierno de Gregorio I. Gavier, a partir de 1885, lo que trajo como consecuencia una acusación tribunalicia³⁵. Desde luego, no constituía tal situación una novedad, puesto que muchos fueron los periódicos a los cuales se acusó ante los estrados de la justicia, y no pocos debieron pagar severamente su actitud de ser fieles a sus consignas o, en ciertas ocasiones, de dejarse atrapar por los arrebatos de la pasión partidista. La impaciencia, por otra parte, llevó a ciertos zaheridos por la crítica periodística a tomarse la revancha por sus propias manos, lo que trajo siempre desagradables consecuencias. No era entonces una profesión nada tranquila la de ser periodista, y, especialmente, en publicaciones en las que se deslizaban comentarios sobre el campo político. Bofetadas, bastonazos y hasta balas actuaron como elementos de réplica a un suelto periodístico hiriente, o se llegaba al empastelamiento de la imprenta, tratando de callar la voz de la prensa.

³⁵ Archivo Histórico de Córdoba, criminales, año 1886, legajo 489, expediente 9.

La Conciencia Pública pasó por muchos instantes teñidos de dramatismo. Su vida se extendió por varios años, desapareciendo por épocas y viviendo los altibajos de una situación política que no siempre le favoreció.

El Rayo y otros títulos

En el inicio del mes de septiembre de 1885 salió *Mefistófeles*, bajo la dirección del doctor Luis F. Posse y la administración de David Linares. En pleno centro de la ciudad, calle 9 de Julio 8, estaba ubicada su redacción, y se indicaba que sus páginas iban a tratar asuntos políticos y de actualidad. Durante casi dos años cumplió su cometido, en medio de acusaciones y juicios de imprenta emprendidos por quienes se sintieron ofendidos por algunos de sus artículos. Su modo de actuar era francamente desaprensivo, por lo que no podía ser otra su trayectoria, y no se equivocó un colega cuando al anunciar su aparición, con buen humor, anticipó que “a juzgar por su programa, el nuevo colega viene con ganas de estirar las venas y hacerle unos tiritos al primero que le moje la oreja”.

En aquellas palabras se estaba vaticinando una inquietante actividad y anotábase como posible contendor a *La Montaña*, un periódico bisemanal que salió el 27 de febrero de 1885 y dirigió el doctor Tristán Almada, un flamante abogado que llegaría a destacarse en las lides parlamentarias, y de quien recordarían sus contemporáneos las “improvisa-

ciones correctas, ardorosas y convincentes”³⁶, con que se distinguió en su acción pública. Organo del Partido Autonomista Nacional, *La Montaña* ilustró muchas de sus páginas con caricaturas de los personajes destacados de esos días, realizadas por el dibujante Chamartín, llegado entonces de Montevideo. Pero el periódico apenas si aguantó unos pocos meses.

No otro destino tuvo el semanario *La Lira*, dirigido por Melcíades V. Echagüe y José A. del Prado, aparecido dominicalmente desde octubre de 1885, y muy servicial para exhibir los escarceos literarios de quienes querían conquistar fama en esa actividad intelectual. También dominiguero, y contemporáneo, fue *El Rayo*, representante del Club Independiente. Disfrazó con su centelleante presencia literaria sus connotaciones políticas. Sus exposiciones le acarrearón disgustos tales que terminó por clausurar sus páginas un año más tarde. Pasó entonces a titularse *El Tribuno*, durando poco tiempo y, como había acontecido con su antecesor, su desaparición fue mirada con “complacencia por las hojas oficiales”.

En junio de 1885 aparecieron dos páginas periodísticas que realizaron muy poco recorrido. En el día inicial de ese mes asomó el diario *La Epoca*, dirigido por José Figueroa Alcorta y cuya campaña se orientó a sostener la candidatura del doctor Juárez Celman para la Presidencia de la República y de don Ambrosio Olmos para la gobernación de Córdoba. Hojas de pequeño tamaño y de cuatro anchas colum-

³⁶ Armando Carral, “Tristán Almada”, en *La República*, Córdoba, 8 de marzo de 1892.

nas; en Deán Funes 25 estaba su sede, y, alcanzado el objetivo, desapareció a los pocos meses. También en junio, dirigido por Tristán Ocampo, salió *El Mercurio*: creyendo encontrar soporte en el comercio insistió en una prédica progresista, pero con escaso éxito.

Hacia agosto de 1885 nació *La Propaganda*, título que había utilizado diez años antes José Vélez para otra publicación periodística en Córdoba. La juventud estudiosa formó un club cuyo presidente era Joaquín V. González, quien asumió asimismo la dirección del periódico. En su redacción intervinieron, como en la institución que la sostuvo, Alejandro Centeno, Angel F. Avalos, Mariano Orgaz Montes, Adán Quiroga, Indalecio Figueroa, Rafael Tagle, Emilio Achával y otros. Hoja eminentemente agitada por los vientos políticos, apoyó la candidatura de don Ambrosio Olmos para gobernador, y cuando éste triunfó en los comicios del 22 de noviembre de ese año de 1885, bien pronto la publicación dio por concluida su ejecutoria³⁷. Como habrá de advertirse, tanto *La Epoca* como *La Propaganda* respondían a un mismo fin político, pero a distintos núcleos.

En septiembre de 1885, el 2, inició su itinerario *La Provincia* como órgano del Club Córdoba y, aunque “sus artículos han sido leídos con agrado por todas las personas sensatas”, según afirmó otro órgano de la prensa cordobesa, cayó sin pena ni gloria poco después. En tanto el ambiente político de Córdoba parecía aquietarse, pues el Partido Au-

³⁷ Angel F. Avalos, *Pensamiento y acción*, Córdoba, 1910.

tonomista Nacional hacía elegir en el Colegio Electoral reunido el 17 de enero de 1886, a su candidato don Ambrosio Olmos, quien asumió sus funciones gubernativas el 17 de mayo siguiente, varias eran las publicaciones de índole científica y literaria circulantes, difundiendo su contenido de indudable jerarquía. No otra cosa puede asegurarse del *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias* que, iniciado en 1875, ha continuado hasta el presente, recogiendo artículos de extraordinario valor en la consideración de asuntos técnicos y científicos. Ya el año anterior, 1884, había aparecido por la imprenta de *El Interior*, en noviembre, la publicación titulada *Anales de la Universidad de Córdoba*, cuyo director fue don José Díaz Rodríguez, quien por muchos años desempeñó la secretaría general de la casa de estudios. El Consejo Superior de la Universidad dispuso su aparición y sus números fueron recibidos con beneplácito en los centros culturales, y se encargaron de ser sus difusores don Angel Padilla, en San Miguel de Tucumán; don Fermín de la Colina, en La Rioja; el doctor Carlos Luna, en Corrientes; el doctor Misael Hernández, en Paraná; don Luis C. Pintos, en Santiago del Estero, etcétera. Sin embargo, los *Anales* sufrieron el ahogo del presupuesto magro que para su prosecución se dispuso y apenas si alcanzaron a dos entregas.

Un alto valor profesional, como lo fue el ingeniero Carlos A. Casafffouth, asumió la responsabilidad de dirigir *La Tribuna Científica*, iniciada el 17 de abril de 1885, con intención de ser quincenal, y sólo alcanzó a subsistir poco menos de un año, como tampoco había tenido mayor vida

la *Revista de Filosofía y Ciencias Sociales* aparecida tiempo antes, redactada por Pedro Reynal O'Connor.

No puede ufanarse mucho la Córdoba universitaria de aquel tiempo con relación a la protección esperada por las publicaciones de esta naturaleza, porque debemos acotar que también los *Anales de la Sociedad de Estudiantes de Medicina*, en 1881, tuvieron fugaz trayectoria. Mejor suerte había tenido el doctor H. Weyemberg, uno de los sabios alemanes llegados a la Universidad de Córdoba, quien en 1878 dio a la prensa de *El Eco de Córdoba*, el llamado *Periódico Zoológico*, órgano de la Sociedad Zoológica Argentina, y sostenido con denodado esfuerzo económico, puesto que, como en todos los tiempos, los impresores reclamaban sin hesitar el pago de la tarea, sin importarles la obra cultural y sus proyecciones, en lo que debemos justificarlos, pues su ángulo de acción no siempre concordaba con el reclamo que de sus haberes hacían los operarios del taller tipográfico. También así murió la *Revista de Educación*, nacida el 1º de abril de 1885 y *La Voz de los Estudiantes*, aparecida el 27 de abril de 1886.

Vislumbrar *El Porvenir*

Fue el año 1886 de intensa actividad en las publicaciones cordobesas, a pesar de los diversos trastornos políticos y de una epidemia que hizo poner las armas en pabellón a más de un grupo de animosos periodistas. Precisamente, el 1º de mayo había aparecido *El Álbum de Córdoba*, de carácter literario y de costumbres. Semanalmente llegaba a sus

lectores, quebrantándose su regularidad en septiembre por la razón antes aludida. Luego de una breve reaparición, suspendióse a comienzos de diciembre hasta marzo del año siguiente, “época en que probablemente estarán de vuelta las familias que hoy han salido por razón de la epidemia”, como comentaba otra hoja. Reanudada la marcha, alcanzó hasta 1888.

La Revista de Córdoba, con Camilo Rodríguez, Ponciano Vivanco y Adán Quiroga como directores, comenzó su acción el 1º de agosto de 1886. Su secretario de redacción era Angel F. Avalos. El lema era “difundir las ciencias poniendo sus verdades al alcance de todos, es buscar el perfeccionamiento de la sociedad desarrollando la inteligencia de los individuos que la forman”. Figuras de la intelectualidad cordobesa colaboraron, pero corta fue su trayectoria.

Además de haber desaparecido en aquel año de 1886, una publicación especializada como lo fue *El Agricultor Industrial*, vocero del Centro Industrial Argentino, y que fundada en 1879 fue dirigida por Alberto Ortiz, dos acontecimientos de envergadura ocurren en el periodismo de la provincia mediterránea. En tanto lamentábase la desaparición de *El Eco de Córdoba*, acaecida en mayo de 1886, un grupo de políticos e intelectuales de aquella capital se dispuso a dar nueva existencia al título aquel, que, indudablemente, poseía consagración prestigiosa en el país entero y podía repercutir favorablemente en la difusión de una nueva publicación.

El 1º de septiembre, y argumentando existir la “necesidad de un diario de la mañana”, se daba a conocer *Eco de Córdoba*. “Al adoptar para nuestro diario el título de *Eco de Córdoba*, que usó una publicación anterior, nos hemos preguntado: si esto importaba usurpar un derecho conquistado en el camino de las letras, en el terreno de la política, en el escenario social, o forma alguna que constituyera propiedad”. El propio articulista se respondía reflexivamente y, ayudándose en su propósito, sostenía no ser el espíritu cordobés el que había acompañado a la anterior publicación, lo cual era una peregrina afirmación. Expresaba luego: “Córdoba marcha a pasos rápidos en el camino del progreso; que su vida hoy, más que política es económica, porque los factores que actúan en su existencia no se reducen a sus elementos propios, sino que entran también como fuerzas impulsivas los vínculos que el contacto diario nos hace estrechar con los pueblos que nos rodean”.

Un hombre de empresa, Benjamín Domínguez, asumió la dirección, en tanto la administración quedaba a cargo de Silvano T. López, y entre sus redactores actuaba Ramón Brandán, largamente relacionado luego con el diarismo cordobés. A los pocos días, el 28 de septiembre, inició su actuación como codirector Javier Lazcano Colodrero. En diciembre, Antonio Rodríguez del Busto y José Figueroa Alcorta asumieron la dirección, y fueron reemplazados luego por Tomás Caveda y Omar.

Como bien habrá de comprenderse, al subrayar la publicación que *El Eco de Córdoba* de los Vélez “jamás vinculó su

acción con el progreso de este pueblo, sino que su vida fue consagrada al servicio de intereses privados”, penetraba en el terreno de otras ambiciones y a sabiendas trataba de lapidar a la desaparecida tribuna periodística, de la que es osado negar que no tuviera personalidad al servicio de la ciudad cordobesa. Sólo justificase aquella apreciación por el espíritu sectario que animaba a algunos de sus organizadores, no debiendo olvidarse que un defensor denodado del catolicismo, *El Eco de Córdoba*, era reemplazado por este *Eco de Córdoba*, en parte redactado por hombres que pertenecieron a la masonería y se caracterizaron por su combatiente vigor antirreligioso.

Inclinose aquel diario por la política juarista, y el 18 de abril de 1890 cerró sus páginas. En ellas recogió mucho de la actividad del club “El Panal”, fundado por don Marcos N. Juárez el 10 de enero de 1887 y constituido en el centro gravitante en la política de esos años. *Eco de Córdoba* clausurábase casi en las vísperas de la revolución de los cívicos y el derrumbe del régimen de los Juárez, luego de haberse cansado de batir el parche y sembrar alabanzas a voleo a todos los personajes “chaludos” que formaban la corte del gobernador, rivalizando en ello con *El Interior*. Su muerte se produjo casi en el umbral de la aparición de *Los Estados*, otro baluarte periodístico del Partido Autonomista Nacional, que acalló su prédica oficialista con los primeros tiros revolucionarios³⁸.

³⁸ Agustín Pacheco, (Efraín U. Bischoff), “Periodismo cordobés de 1890”, en *Los Principios*, Córdoba, 12 de junio de 1945.

Manuel López Cepeda, *Marcos Juárez - Su vida y su tiempo*, Córdoba, 1962.

Efraín U. Bischoff, “1890 en Córdoba”, en revista *Historia*, Bs. As., marzo de 1944, tomo II, número 3, pág. 194.

Antes de aludir a uno de los acontecimientos periodísticos de aquel año de 1886, con hondas huellas en el historial cordobés, digamos que *Don Juan sin miedo* fue otra de las manifestaciones para recordar en el quehacer de la prensa. El 8 de enero de 1886 vio la luz ese periódico de caricaturas, de tinte opositor y que, por ello mismo, sacaba partido ridiculizando a las imágenes del oficialismo. Fue efímera su existencia. No podía ser sino de ese modo. En los comienzos del siguiente mes de febrero, clausuró su trayectoria. *La Carcajada* no perdió oportunidad. El 7 de ese mes afirmó, jaraneando sobre las cenizas del periódico: “Paró la pata, nuestro colega el sin miedo; Don Juan cantó ya para el carnero”. Un responso muy al modo de don Armengol Tecera.

Jacinto Roque Ríos

Todo un capítulo del periodismo cordobés, con proyecciones en el del interior y con una fecunda dignidad en defensa de los principios espirituales más profundos, fue iniciado con la aparición de *El Porvenir*, diario católico de la mañana. Puro su acento doctrinario y su rango intelectual con el ánimo defensivo de lo que constituía uno de los blasones de la ciudad, su religiosidad. No en vano surgió como iniciativa de un núcleo de católicos que vieron con alarma morir las páginas de *El Eco de Córdoba*, en aquel año de 1886. El presbítero Jacinto Roque Ríos asumió la dirección y el 24 de septiembre salió el primer número, con un definido programa, debatiendo todos los problemas socia-

les, políticos y religiosos de la época, desde su ángulo de crítica y de estudio.

Para definir aquella tribuna periodística, acaso ninguna palabra mejor que la de otro diario, *La Libertad*, al acercarse al ocaso: “Fundado en 1886 por una pléyade de hombres distinguidos entre los que se encontraban el doctor Juan M. Garro, íntegro ciudadano y sincero católico; aquel doctor Ríos, descollante por entonces en el clero y en la generación de su tiempo; aquel doctor Morcillo, que fue expulsado de su puesto público por la firmeza de sus convicciones; aquel doctor Moyano asaltado en su propia casa por haber denunciado en la prensa los grandes desfalcos bancarios y por algunos otros hombres de menor importancia; fundado, decíamos, por esos hombres para levantar y sostener al lado de la católica la bandera de la reacción política contra los avances del fuerte régimen que tuvo su punto culminante en la gobernación de Juárez, entró de lleno y con brío a desempeñar su misión”³⁹.

En realidad, así fue. *El Porvenir* se batió denodadamente contra el gobierno, y adhirió a los propósitos políticos de la Unión Cívica, pero cuando en las horas anteriores a la revolución del '90 se inclinó por preconizar la solución de los males del país sin necesidad de llegar a la violencia, sufrió algunas deserciones. Sin embargo el Dr. Ríos continuó su accionar junto al presbítero Agapito Nogueira, Manuel E. Río, Luis Achával, Segundo Dutari Rodríguez y otros. Aquel sacerdote que sentía hondamente la misión de

³⁹ *La Libertad*, Córdoba, 28 de febrero de 1894.

la prensa y terminó siendo el apóstol de toda una generación, hizo de su modestia un escudo y de su sacrificio una lección.

El Porvenir —hemos indicado en otra evocación— arremetió gallardamente contra el gobierno juarista, señalado como una herencia roquista aumentada en sus errores liberales. Por su prédica recibía de *El Interior* el bastonazo de llamarlo “El Por-morir”, y sin quedarse atrás replicaba que tal manifestación conocíase muy bien por haber salido de las páginas de “El Inferior”⁴⁰. Pero el diario no pudo librarse de muchos sinsabores, sobrellevados con gran entereza por el núcleo que le sostenía y redactaba. El 2 de agosto de 1892, el presbítero Ríos, cuando desempeñaba su banca de diputado nacional, falleció repentinamente. La publicación sintió dolorosamente su ausencia⁴¹. Se inició allí su declinación, hasta cerrar sus páginas el 28 de febrero de 1894.

Un negro pícaro

En los últimos años de la década del '80, otras expresiones del periodismo cordobés aparecieron con variada suerte. *La Bandera Italiana* constituyó una novedad siendo sostenido por un grupo de peninsulares, como antes lo había sido,

⁴⁰ Efraín U. Bischoff, *El periodismo cordobés en la presidencia de Roca*, Córdoba, 1981.

⁴¹ Discursos del homenaje a Jacinto Roque Ríos, *Los Principios*, Córdoba, 22 de agosto de 1930.

Manuel E. Río, “El doctor Jacinto R. Ríos”, en *Los Principios*, Córdoba, 1º de agosto de 1915.

Efraín U. Bischoff, “Jacinto R. Ríos, apóstol de una generación”, conf. Ateneo Frasati, Córdoba, 1952.

aunque por poco tiempo, *El Risneglio*. Gregorio de Vita lo dirigió, y desde mediados de 1887 alcanzó hasta fines de enero de 1888. Por su parte, el Centro Comercial e Industrial publicó un periódico quincenal que desde mediados de septiembre de 1887 se prolongó por algún tiempo. El domingo 2 de octubre de ese año fundose *El Escolar Ilustrado*, revista quincenal, útil para alumnos y maestros, escrita por Tobías Garzón, y desaparecida en febrero de 1889, al ausentarse su sostenedor para radicarse en Río Cuarto.

A una pasajera publicación de 1887, titulada *La Carta* se relaciona el nombre de José Figueroa Alcorta, mientras aparecían, algunas de ellas con fugaces resplandores de meteoro, diversas páginas literarias. En una de tales manifestaciones, *El Destello*, nacida el 9 de octubre de 1887, actuaron Francisco S. Giménez y José M. Aguilar, dejando éste luego su lugar a Ramón Gómez, y obteniendo la cooperación de reconocidos hombres de letras. Igual suerte le cupo a *Primeras Hojas*, que orientó el aludido Aguilar desde el 24 de agosto de 1889, por escaso tiempo y como reflejo del "Centro Literario Gervasio Méndez", formado bajo la advocación del poeta entrerriano que soportaba una cruel dolencia en Buenos Aires. El 27 de junio anterior había nacido esa institución, y el periódico terminó a comienzos de 1890. Un *Diablo a Cuatro*, citado por Grenón⁴², completa la nómina de publicaciones de ese año 1889 sin que hayamos podido encontrar otras referencias a esta última. Quedaría por mencionar *El Negro Sinforoso*, "Semanario liberal, polí-

⁴² Juan Pedro Grenón, *Medio siglo de periodismo cordobés*, Córdoba, 1968. C. Galván Moreno, *El periodismo argentino*, Bs. As., 1944.

tico, chichón y literario”, nacido en 1889. Con mucho más atrevimiento y sin atadura en el desenfado, utilizaba un idioma parecido al de *La Carcajada*. Y advertía lo siguiente en su frontispicio: “Asoma las narices los domingos”, y anotaba luego: “Por correspondencia y dinero entenderse con el director don José M. Pizarro. Por explicaciones y palizas entenderse con el editor don Casildo Noriega”.

Gracioso, audaz y realmente atractivo para conocer muchos de los entretelones de una Córdoba que aún se ruborizaba cuando los mozalbetes espiaban desde el Café del Plata a las damas jóvenes alzando el ruedo de su vestido para subir al *tranway* a Colonia San Vicente, *El Negro Sinforoso* tuvo inconvenientes a granel. Muchas veces debió rendir cuentas picantes ante los tribunales y él, que era “cívico radical hasta la grasa”, se enfrentó con los autonomistas en bravías trenzadas, pues no dejaba de echar en cara lo que se gastaba con “las sanguijuelas del presupuesto”. Cuando a fines del siglo anterior José María Pizarro se trasladó a Rosario, allá fue también *El Negro Sinforoso*, que subsistió por varios años, convirtiéndose en “radical intransigente”. Pero aun allí seguía publicando *Crónicas de Córdoba*, largando sus lancetazos, descubriendo a los que saliendo del Club Social, y abandonando en sus saraos la compañía de las damas luciendo aderezos de brillantes traídos de París, se iban calle Rivera Indarte arriba hasta el viejo barrio de “las siete vueltas”, a pasar ratos muy alegres entre “gavilanes y palomitas” en bailongos que escandalizaban “al padre Agapito”, clara alusión al P. Agapito Nogueira, en otras

horas director del diario *Los Principios*⁴³, que aparecía en 1894. En 1905, y en Rosario, *El Negro Sinforoso* declarará tener solamente trece años de existencia, pero anotaciones extraídas de otras publicaciones, indican que ya en 1889 andaba por estos mundos haciendo travesuras con honras ajenas y dando más de un susto a quien se ponía en el territorio hasta donde alcanzaban sus fuegos.

Hacia *El Interior*...

La década del '80 cerrábase con una *Revista de la Política*, aparecida el 1º de septiembre de 1889, con dirección del doctor Julio Rodríguez de la Torre, y asuntos vinculados con la institución guardiana del orden. Colaboraron algunos profesores universitarios, como el doctor Cornelio Moyano Gacitúa, Félix T. Garzón, y también Benjamín Barros, José Manuel Álvarez, Miguel Rodríguez de la Torre, Ponciano Vivanco, Antolín Torres y muchos más, pero su itinerario fue breve.

Con la iniciación de 1890, el ambiente político se en-crespó de modo muy visible. La crisis apretaba, los "cívicos" seguían conspirando, en las salas del Club "El Panal" continuaba la gente situacionista danzando a los sones de las mejores orquestas y aunque en los círculos gubernativos la preocupación crecía, no se encontró el remedio para atajar la asonada revolucionaria estallada en Buenos Aires en julio. Aquella alteración alcanzó también a Córdoba, y produjo el

⁴³ Efraín U. Bischoff, "El Negro Sinforoso", en *La Capital*, Rosario, 7 de octubre de 1978.

consiguiente desajuste en el periodismo. Murió el diario *El Interior*, como hemos relatado, y la caída del gobernador Marcos N. Juárez arrastró al diario *Los Estados*, que bajo la dirección de Carlos Roldán Vergés, joven y exaltado, apareció el 1º de julio de aquel año, y terminó el 18 de agosto, en vísperas de la renuncia del primer mandatario.

La nueva situación daría motivo para que naciera *La Libertad*, el 5 de octubre, manteniendo por muchos años la figura combatiente del doctor Pedro C. Molina, y el 25 de ese mes, *La Constitución*, como un desfogue del doctor Evaristo Carriego, quien acababa de ver morir en sus mantos *El Interior*. Antonio Rodríguez del Busto arremetió con *Debate*, desde el 20 de agosto y apenas por dos meses, mientras hacían el gasto de la ironía mordaz *El Negro Sinforoso*, *La Avispa*, *La Picota* y otras páginas de sobresaltada vida.

Una rápida síntesis de lo acontecido en materia periódica en el interior de la provincia nos lleva a recordar que alcanzó la década del '80 *La Voz de Río Cuarto*, fundada el 22 de agosto de 1875 por el ilustrado israelita Simón Ostwald, amigo de Avellaneda y de Roca, ofreciendo en la ciudad sureña una de las expresiones más importantes, no solamente en cuanto a la presentación tipográfica, sino sobre todo por el contenido noticioso y literario. En aquella misma localidad apareció *La Rueda*, el 12 de octubre de 1889, dirigido por Eufasio López, que cayó también con el aluvión juarista el 16 de septiembre de 1890, cuando ya el 12 de enero de ese año habíase comenzado a publicar *El Pueblo*, que duró cinco años. La vena humorística la hinchó

*La Píclá*⁴⁴, en tanto que *El Comercial*, desde la segunda quincena de noviembre de 1887, trató de reunir manifestaciones de esa orientación.

En Villa María registrese un hecho singular: la aparición de un periódico editado mediante el calcomanógrafo, sistema poco antes inventado en Paraná por un farmacéutico, R. Mora, y que sirvió para lanzar el primer ejemplar de *El Sol*, y muchas otras entregas hasta la adquisición de una imprenta. Fue su fundador Lucio Capdevila, padre del poeta Arturo Capdevila, el 29 de enero de 1882. Se mostró airadamente anticlerical, y colaboraron en él Amado J. Ceballos, Celestina Funes, Mauro Capdevila y otros⁴⁵, y propendió al progreso de aquella ciudad en forma elocuente. En los primeros días de 1883 salió *La Verdad*, dirigido por el presbítero Eleuterio Mercado y, hacia 1887, *Las Brisas del Tercero*, manejado por un grupo juvenil que formaban Pío R. Ceballos, Manuel M. Ponferrada, Vicente Bascoy y otros. Cabe consignar que tanto de este periódico como del anterior, la mayoría de sus redactores residían en la población de Villa Nueva, río Tercero de por medio, como se sabe, con Villa María. Hacia 1890, apareció *El Progreso*, dirigido por V. Tarruella, un semanario que luego pasó a otra propiedad, la de Benedicto González y Juan F.

⁴⁴ Chañilao (Joaquín Bustamante), *Nace un imperio*, Río Cuarto, 1962.

⁴⁵ *El Sol. Reproducción facsimilar del primer periódico de la ciudad de Villa María. 1882-1967*, Biblioteca Bernardino Rivadavia, Villa María, 1967, Antonio Larbos (Antonio Sobral) "...En el alba de nuestra prensa amaneció El Sol", en la revista *Asociación Española de Socorros Mutuos de Villa María y Villa Nueva*, Villa María, 1932.

Bessares⁴⁶. Y debemos acotar que *La Verdad* finalizó su estadía en Villa María al cabo de un año, pues su impresor, Fecundo Tecera, se trasladó a Villa del Rosario y allí reeditó su periódico bajo el lema: *Dilige homines, interficite errores: amad hombres, condenad el error*⁴⁷, sirviendo de permanente incentivo al adelanto de la comarca.

En la región de Traslasierra, Víctor Barrionuevo Imposti argumenta que “posiblemente *La Luz* ha sido el primer periódico, pero acaso en 1884 no haya sido el único, pues hubo aquel año ‘periódicos’, es decir, no sólo uno”⁴⁸. Era un semanario de cuatro a seis páginas, escrito a mano, en papel oficio, en ejemplar único dominguero, y sus probables redactores fueron Vicente Ocampo y José María Domínguez. Tenemos noticias asimismo de que en Villa María, en 1887, apareció *El Iris*, y en 1889, posiblemente en Cosquín, *El defensor de Punilla*, semanario⁴⁹.

Lo probable es que hojas volanderas, escritas a mano, hayan salido en otras localidades del interior, pero será muy difícil encontrar sus rastros. Valga para esa afirmación la simple y curiosa referencia que hizo en cierto artículo el presbítero Agapito Nogueira, al decir: “En las vacaciones del '87 al '90, se publicaron en Anisacate, residencia veraniega entonces del Seminario de Nuestra Señora de Loreto, cuatro periódicos: *El Eco de Anisacate*, de Segundo Dutari

⁴⁶ Juan M. Pereyra, *El primer periódico de Villa María*, Villa María, 1932.

⁴⁷ Vidal Ferreyra Videla, *Breve aporte a la historia del periodismo cordobés*, Bs. As., 1944.

⁴⁸ Víctor Barrionuevo Imposti, *Historia de Villa Dolores*, pág. 108, Villa Dolores, 1942.

⁴⁹ *El Porvenir*, Córdoba, 19 de septiembre de 1889.

Rodríguez; *El Sol de Mayo*, de S. Cabrera Bustos; *El Serrucho*, de Arturo Cabrera, y *El Moscardón*, de un servidor de los que esto lean⁵⁰. De todos ellos, los que no continuaron la carrera eclesiástica entraron en las lides del periodismo cordobés, y algunos en ambas cosas a la vez, perfilándose como plumas de fuste y espíritus brillantes en la defensa de sus ideas.

Casi ni haría falta recalcar que en esta revisión de la prensa cordobesa de una década, tanto en la capital provincial como en el interior, puede habérsenos escapado algún título. No obstante, creemos que la pesquisa, efectuada muchas veces en maltrechas hemerotecas, en colecciones particulares y en los repositorios albergadores, con generoso cuidado, de muchas de las publicaciones, nos ofrece este panorama capaz de ayudarnos a vivir las reacciones de toda una época controvertida del ámbito cordobés y de la república.

Colofón

Pocos tramos en la historia cordobesa, desde la aparición en ella del periodismo, en 1823, fueron de tanta actividad como aquel iniciado en 1880 y continuado a través de toda la década. En otros decenios, la modernización de los talleres gráficos, la distinta estructura de las páginas, la organización más ágil de las empresas revelaron un incremento innegable en los alcances de las tiradas de los periódicos y

⁵⁰ Agapito Nogueira, "La fundación de 'Los Principios'", en *Los Principios*, Córdoba, 22 de abril de 1954.

diarios cordobeses. Empero, debe rescatarse para el lapso aludido un provechoso y trascendente accionar en los componentes de las redacciones, que bien puede resistir la comparación con las de jerarquía y experiencia vibrantes en el periodismo de Córdoba y en sus días de mayor vitalidad y valor. Muchos de los protagonistas en esa circunstancia histórica impusieron su personalidad en otros planos de la vida nacional; sus nombres se han salvado del olvido con innegable fuerza creadora por la severidad de su temperamento y la ática actitud de sus plumas. Enriquecieron así las columnas del periodismo mediterráneo con los chispazos de su talento y, a su vez, tuvieron en él la pedana en donde se adiestraron para lanzarse a la conquista de más brillantes logros.

Deben tenerse en cuenta los factores presionantes en ese tiempo cuando se trataba del nacimiento de las hojas periodísticas. Por lo general, fueron la pasión política o el fervor literario los que alentaron a los propulsores. En uno y otro caso, la formación de núcleos de una misma tendencia ideológica o cultural sirvió de basamento al iniciar la difusión masiva de sus propósitos. Una entraña de idealismo pudo advertirse en todas las dedicaciones de esa índole. No podía buscarse en ellas ventaja material. No pocas veces, la prosperidad de un diario dependía del amparo gubernista y corrió pareja suerte con su benefactor, en el triunfo y en la derrota. La publicación opositora andaba en peores riesgos. Estos implicaban el cierre violento de la imprenta, por empastelamiento de sus tipos, o la prisión de sus redactores, todo lo cual servía reiterativamente para probar el arrojo y

la resistencia de quienes habíanse injertado en la aventura de mantener un periódico.

Por lo general, el resultado era poder vanagloriarse con el triunfo de un candidato a las altas posiciones políticas, tener magras ganancias o superar las angustias económicas mediante la ayuda de los “amigos de la causa”. La publicidad comercial sirvió solamente de estímulo en la emergencia y apenas para disimular los constantes aprietos. Bueno es puntualizar que el gremio de los tipógrafos y de otros agentes intervinientes en la realización y circulación de las publicaciones periódicas participaba, casi por lo general, en el mismo afán partidista de los redactores, o integraban simplemente los planteles de los talleres gráficos de la ciudad.

Los conflictos laborales estuvieron ausentes en aquella época estudiada, por lo menos con las características que tuvieron a partir de 1890. La Sociedad Tipográfica, fundada el 15 de mayo de 1871⁵¹, tuvo más bien un carácter mutualista y no incidió en la frontal y agresiva presencia de peticiones de aumentos de salarios que podrían haberse formulado. Debemos tener en cuenta que dicha entidad, en “su composición social, a pesar de ser una sociedad por oficio, estaba integrada por patronos y obreros, hallándose los dos niveles perfectamente diferenciados”⁵². La debilidad financiera de la Sociedad Tipográfica, que en sus mejores instantes llegó a tener alrededor de setenta asociados, si-

⁵¹ Efraín U. Bischoff, “Sociedad tipográfica”, en *Los Principios*, Córdoba, 11 de marzo de 1946.

⁵² Hilda Iparraguirre y Ofelia Pianetto, *La organización de la clase obrera en Córdoba. 1870-1895*, Córdoba, 1971, pág. 31.

guió, a tal punto que en 1887 terminó por incorporarse a la institución denominada “Unión y Progreso” y con ello desapareció prácticamente⁵³.

No hubo entonces agrupaciones de periodistas en defensa de sus intereses, y apenas si por iniciativa tomada en unión con los directores se disponían acciones muchas veces insólitas, ya que desconocíase la obligatoriedad del descanso semanal. Por ello no pudo menos que llamar la atención *El Porvenir* cuando anunció el 20 de febrero de 1887 que los cronistas de ese diario católico habían resuelto no trabajar los días de carnaval, “por lo que desde ese domingo hasta el miércoles no concurrirían a la redacción”...

La influencia del periodismo en los diversos sectores cordobeses fue incuestionable. La difusión de los valores, la crítica sañuda del adversario político, la discrepancia ideológica, la incipiente actividad sindical donde ya comenzábase a notar una agitación, acrecentada desde la década siguiente, el relumbrón de los oropeles sociales y todas las iniciativas que propugnaron el progreso de Córdoba, en los más variados órdenes, quedaron registrados en las columnas periodísticas de esa época. Y en ellas, no pocas veces, se escribió un editorial con ánimo de voltear un ministro y se desjarretó para siempre algún falso prestigio. Claro está que en el juego de esa estrategia peligrosa, donde no siempre el valor de la libertad de prensa reconocía un prudente límite, se llegó hasta el agravio personal y el ultraje, con la consi-

⁵³ Hilda Iparraguirre y Ofelia Pianetto, *Idem*, pág. 30, Archivo “Unión y Progreso”, libro *Sociedad Tipográfica*, Córdoba, 1874-1882.

guiente respuesta airada en los tribunales de la justicia. Hubo asimismo acondicionamiento del ánimo del hombre público a sentirse atacado desde la prensa, pero debió tener siempre los nervios bien templados para evitar caer en la trampa del contrincante, punzándole para irritarlo. Valía, pues, bien el consejo decorado de cervantina paciencia dado por Juárez Celman al ministro Wilde, en 1885: "No haga caso de la jauría. Cuando ladran los perros es porque se va galopando". Pero lo grave es que algunos mastines llegaron a dar dentelladas como para arrancar pedazos de la dignidad del atacado.

Ya desde el comienzo de la actividad periodística en nuestra provincia estuvieron en ella hombres de singular prestigio y de firmes ideas. Muchos ensayaron en las columnas de la prensa el valimiento de sus plumas capaces de entregar luego a la literatura argentina páginas de antología: otros, adiestraron en la representatividad de su personalidad política; los más, encontraron en la pedana de la cotidiana actividad del periódico el ejercicio que los llevaría a aproximarse con seguro y calador juicio a la realidad de la provincia y del país donde les tocaba vivir. Lo harían desde la cátedra universitaria, la banca legislativa, la tribuna política y la función de gobernante. Pero todos guardarían de las horas transcurridas en la acción periodística una siempre nostálgica emoción.

Quienes actuaron en la década iniciada en 1880, y en Córdoba, tuvieron inquietudes engendradas en problemas públicos de dinámica similar a los de otros instantes de la historia cordobesa, desde aquel 1823, cuando con *El Inves-*

tigador tuvo su primer impulso el periodismo cordobés. Pero época que pasó por tensiones insólitas para la sociedad de la república, por tempestades ideológicas inéditas para la mentalidad argentina, por los cambiantes temples mostrados por conflictos sociales en los que asomaban convulsiones en el pulso de las generaciones que siguieron, aquella de la década enfocada para esta breve rememoración, brindó a los que estuvieron en el ardor de la prensa, como ninguna otra de aquella centuria, los testimonios y elementos para demostrar el fervor con que acometieron la tarea. Cada uno desde su ángulo de enfoque dijo su verdad. La defendió sin claudicaciones. No se pasó a la trinchera enemiga. Prefirió morir en ella. Era un periodismo temperamental, y aunque entraba en su marcha el ingrediente empresarial, la conducta de un órgano de prensa estaba orientada por una finalidad definida, de contenido religioso, político o de recreación literaria. Ningún caso puede exhibirse como ejemplo de transformación para así subsistir económicamente.

La importancia del periodismo de Córdoba en el decenio de 1880 queda patentizada en la atención con que, sobre todo durante las grandes luchas políticas y religiosas, se escuchó la palabra de los principales voceros. Y así como la sugerencia de *El Interior*, para que el vicepresidente de Juárez Celman fuera un porteño, y fue Carlos Pellegrini, el país entero se puso tenso cuando el padre Luis Fernando Falorni escribió en su diario *La Prensa Católica*: “Vienen días terribles para la República!...” y sobrevinieron desórdenes dramáticos. Como un autor lo ha calificado, “el diarismo de entonces era bravo y temerario. Recogía en sus páginas

los más terribles cargos con tal de que éstos causaran sensación o produjeran la sonrisa irónica del lector”⁵⁴. Pero hay que tener la certidumbre histórica de que con mandobles y con halagos, con la sensatez y aun con el desborde, contribuyó vitalmente al engrandecimiento de Córdoba.

⁵⁴ Agustín Rivero Astengo, *Juárez Celman*, Bs. As., 1944, pág. 254.

El autor

Efraín U. Bischoff nació en Ensenada, provincia de Buenos Aires, en 1912, pero con su familia se trasladó de niño a Córdoba y ha llegado a ser una figura paradigmática en el periodismo y en la investigación histórica de esa provincia. Redactor de *Los Principios* y ajetreado hombre de la radio y aun de televisión, fue por muchos años corresponsal de *La Nación* en “la Docta”.

Autor de más de doscientos libros y opúsculos, que abarcan vertientes tan disímiles como la historia, la narración, la poesía y el teatro, se halló entre los fundadores de la Junta Provincial de la Historia, cuya presidencia ocupó en 1975. Con anterioridad había sido secretario del Museo Sobremonte (1946), secretario de la Comisión Provincial de Cultura (1948) y subsecretario de Cultura de la provincia (1967-1971).

Ha recibido homenajes en vida y hay varias bibliotecas cordobesas que llevan su nombre: la del Instituto Superior de Comercio Manuel Lucero, la de la Cooperativa de Servicios Públicos de Berrotarán y la de la Escuela Granadero José Márquez, de Ferreyra.

Índice

“...Diga buenas palabras...”	10
<i>El Eco de Córdoba</i>	13
Tirando parejo... ..	16
“...Se acabó, don Benjamín...”	19
Las bravas polémicas	22
Duelos periodísticos	25
El hachazo y la sonrisa	29
Literatura y política	31
<i>El Rayo</i> y otros títulos	36
Vislumbrar <i>El Porvenir</i>	40
Jacinto Roque Ríos	44
Un negro pícaro	46
Hacia <i>El Interior</i>	49
Colofón	53
El autor	60



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires

Telefax: 4954-7700 / 4954-7300

E-mail: info@dunken.com.ar

www.dunken.com.ar

Octubre de 2004

Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo

- Boletines Nº 1 a 15 (1997 a 2004).
- *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, por Enrique Mario Mayochi, 1998.
- *Guía histórica de los medios gráficos argentinos en el siglo XIX*, 1998.
- *El otro Moreno*, por Germán Sopena, 2000.
- *Orígenes periodísticos de la crítica de arte*, por Fermín Fèvre, 2001.
- *Periodismo y empatía*, por Ulises Barrera, 2001.
- *Homenaje a Félix H. Laíño*, 2001.
- *Sarmiento y el periodismo*, por Armando Alonso Piñeiro, 2001.
- *El periodismo como deber social*, por Lauro F. Laíño, 2001.
- *Historia de la idea democrática*, por Mariano Grondona, 2002.
- *Música argentina y mundial*, por Napoleón Cabrera, 2002.
- *Premios a la Creatividad 2001*, por Diez, Pérez y Rudman, 2002.
- *Cara a cara con el mundo*, por Martín Allica, 2002.
- *La identidad de los argentinos, sus virtudes y peligros*, por Enrique Oliva, 2002.
- *Gerchunoff o el vellocino de la literatura*, por Bernardo Ezequiel Korembli, 2002.
- *La responsabilidad social y la función educativa de los medios de comunicación*, por Rafael Braun, Pedro Simoncini y Federico Peltzer, 2003.

- *Premios a la creatividad 2002*, por Jiménez Corte, Rimoldi y Altabás, 2003.
- *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, por Mario Tesler, 2004.
- *Orígenes de la libertad de prensa*, por Armando Alonso Piñeiro, 2004.
- *“La Prensa” que he vivido*, por Enrique José Maceira, 2004.